

En la Encrucijada emocional: Explorando los Desafíos y Tratamientos del Laberinto de la Mente.

Las neurosis clásicas se batan en retirada frente a la avalancha de trastornos causados por la hiperrealidad, la anorexia y la bulimia, las adicciones con y sin droga, la alienación, la soledad, el pánico y el estrés, el dolor sin causa orgánica que lo justifique, estragos de la alimentación, los trastornos de impulsividad: se trata de las enfermedades de la postmodernidad, enfermedades que nos trae la hiperrealidad.

Tal y como ha sido definida por la Wikipedia la hiperrealidad es una “realidad que viene definida por intermediarios”, es decir no se trata de una experiencia perceptiva directa sino mediada por alguien, usualmente los medios de comunicación, las drogas o el arte. En este sentido postmoderno ya no hay simuladores porque ya no hay realidad sino un constructo pactado y decodificado por los operadores mediáticos. Significa que la realidad-real ha sido penetrada por la función simbólica, diluyendo la realidad fenoménica y convirtiéndola en un remedio de nuestra imaginación, una imaginación que ha sido hurtada a la mente individual y depositada en casa de aquellos que trafican con la realidad, puesto que su capacidad para establecer límites entre lo real y lo imaginario han sido truncados por la repetición y exposición continua al bombardeo de los medios.

Nada de lo que nos cuentan en los informativos televisivos existe en realidad puesto que ya viene filtrado, escindido, triturado por los medios de comunicación. El cuerpo vacío y mudo, incapaz de hacer oír su necesidad o su sufrimiento y de hacerse eco de los deseos reprimidos, sólo logra su reinvestidura a través de la imagen. Ante las vivencias de desintegración, el hecho de ocuparse compulsivamente de lo estético opera a la manera de una restitución, en el mismo sentido en que lo es el delirio, el estrés y otras enfermedades modernas.

La hiperrealidad, con su potencial emocionante y preocupante, plantea un desafío esencial: **encontrar un equilibrio**. La clave podría radicar en aprovechar sus ventajas sin comprometer nuestra salud. Establecer límites en el uso, practicar la desconexión regular y mantener una conexión sólida con la realidad física podrían mitigar algunos de los efectos negativos potenciales, como acercarnos a personas que están básicamente distantes, y correr el riesgo de distanciarnos de aquellos que nos rodean, comprometiendo efectos en la empatía y las habilidades de comunicación.

Jeraige Reinoso

Home Doctor Plus